

## UNA APROXIMACIÓN ORTEGUIANA A LAS REFLEXIONES DE ANTONIO MACHADO SOBRE LAS CREENCIAS Y SUS SOMBRAS<sup>1</sup>

José María Ariso, Universidad Internacional de la Rioja.

**Resumen:** Según José Ortega y Gasset, sólo podremos entender a un hombre si tenemos una visión clara de las creencias que conforman su vida. Sin embargo, y basándome en algunas observaciones que Antonio Machado hizo sobre la creencia en la muerte, mostraré que incluso las creencias más fundamentales de los hombres no son siempre tan obvias y previsibles como podríamos estar tentados a pensar en un principio.

**Abstract:** According to José Ortega y Gasset, we will only be able to understand a man if we get a clear view of the beliefs that shape his life. Basing myself on some remarks Antonio Machado made on the belief in death, however, I will show that even the most fundamental beliefs are not always so obvious and foreseeable as we might be tempted to think.

### 1. Introducción

En las primeras clases que impartió durante el curso académico 1935-1936 en la Universidad de Madrid, José Ortega y Gasset se dedicó a comentar pormenorizadamente un texto que había acabado de redactar sólo unos meses antes, en diciembre de 1934. La intención de Ortega era que este manuscrito, titulado *Ideas y creencias*<sup>2</sup>, constituyera el comienzo de *Aurora de la razón histórica*, un libro que finalmente se quedó en un mero proyecto que nunca vio la luz. Que *Ideas y creencias* fuera un texto concebido para dar inicio a un proyecto de la importancia de *Aurora de la razón histórica* no es un detalle baladí: de hecho, *Ideas y creencias* es una obra de crucial importancia dentro del contexto del raciovitalismo orteguiano. Sin embargo, considero que los escasos ejemplos de creencias que aparecen en este texto pueden llevarnos fácilmente a caer en el error de pensar que realmente *estamos* en todas aquellas creencias en las que suponemos que estamos. Con el fin de arrojar luz sobre esta cuestión, traeré a colación la conocida obra de Antonio Machado *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*<sup>3</sup>. Pues si bien Machado medita en esta obra sobre diversos problemas filosóficos como el escepticismo, el

1 Este artículo ha sido escrito dentro del marco del proyecto de investigación “Normatividad y Praxis: El debate actual después de Wittgenstein” (FFI2010-15975).

2 Ortega y Gasset, José (2007/1940): *Ideas y creencias (y otros ensayos de filosofía)*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid. En lo sucesivo citaré esta obra con las siglas “IC”.

3 Machado, Antonio (2009/1936): *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, Alianza Editorial, Madrid. En lo que sigue citaré esta obra con las siglas “JM”.

solipsismo y la fe en la razón<sup>4</sup>, también ofrece una serie de reflexiones en relación con nuestras creencias en la muerte que resultan muy útiles a la hora de analizar si verdaderamente creemos todo aquello que, en principio, parecemos creer.

Con el fin de facilitar el seguimiento de mi exposición, en el siguiente capítulo ofreceré una breve introducción a la obra de Ortega *Ideas y creencias*, introducción en la que prestaré especial atención al uso que el pensador madrileño hizo de ambos conceptos. Acto seguido, pasaré a analizar las reflexiones de Machado sobre la creencia en la muerte. Y para acabar, aclararé qué ha aportado mi análisis de los comentarios de Machado a nuestra comprensión de *Ideas y creencias*.

## **2. Ideas y creencias según Ortega**

La distinción que Ortega establece entre ideas y creencias ilustra claramente la solución raciovitalista en la que culminan sus críticas al racionalismo y al vitalismo. Como es sobradamente conocido, dicha solución se basa en la primacía ontológica que se concede a la realidad sobre el pensamiento, el cual debe dar razón de aquella: de hecho, el pensamiento debe reconocerse como derivado de esa misma realidad que le precede y a la cual debe hacer frente el hombre. Así, mientras que la realidad –dentro de la cual se halla la vida como su aspecto más importante– se confunde con nuestras creencias, el pensamiento permite elaborar ideas que ayudan al hombre a entender la realidad y desenvolverse en ella. Pero analicemos más detenidamente en qué consisten las ideas y las creencias según Ortega, lo cual nos permitirá tener una panorámica más clara de la dinámica existente entre ambas.

Para comenzar, es preciso tener en cuenta que Ortega describe la condición humana como “drama” e “incertidumbre sustancial”, pues la vida aparece como un “naufragio inicial” al que el hombre debe hacer frente elaborando ideas que le permitan orientarse<sup>5</sup>. Dicho de otro modo, Ortega presenta al hombre como un ser que llegó al mundo desprovisto de seguridades, lo cual le obliga a recurrir al pensamiento –o lo que es lo mismo, a forjar sus propias ideas o teorías– con el fin de desenvolverse en un entorno potencialmente hostil e impredecible. Frente a la tradición filosófica que concebía el pensamiento como algo dado al hombre para utilizarlo como si se tratara de una cualidad constitutiva e inalienable, Ortega afirma que el hombre no vive para pensar, sino que piensa para lograr pervivir<sup>6</sup>. De hecho, Ortega señala que son tres las fases que se repiten cíclicamente en la historia humana. En un momento determinado, el hombre se *altera* al sentirse náufrago y perdido entre las cosas; a consecuencia de ello, se *ensimisma*

4 En este punto Machado se halla en plena sintonía con Ortega (ver IC, p. 32), pues a juicio del poeta sevillano, el hombre ha hecho de la fe en la razón “el distintivo de su especie” (JM, p. 111).

5 Ortega y Gasset, José (2006/1935): *El hombre y la gente*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, pp. 32-33. En lo sucesivo citaré esta obra con las siglas “HG”.

6 HG, p. 31.

retirándose a su mundo interno para pensar y formarse ideas de las cosas; y por último, retorna al mundo externo para *actuar* en él siguiendo el plan ideado en su mundo interno. Según esto, el destino del hombre es ante todo acción, aunque dicha acción estará dirigida por el pensamiento previo que el sujeto en cuestión forjó en su mundo interno<sup>7</sup>: concretamente, lo que el sujeto elabora en su mundo interno, en el ámbito de su intimidad, es una estrategia formada por ideas que puede llegar a sostener y defender hasta el punto de ser capaz en algunos casos de morir por ellas<sup>8</sup>.

Acabamos de ver que Ortega sitúa la génesis de las ideas en el ensimismamiento o retirada al mundo interior que el hombre lleva a cabo al verse alterado por los desconcertantes hechos de su entorno. No obstante, Ortega nos dice en otro lugar que las ideas surgen cuando tiene lugar una duda, es decir, cuando una creencia se ha debilitado o simplemente se ha perdido<sup>9</sup>. Detengámonos, pues, a analizar cómo concibe Ortega las creencias antes de explicar con mayor detalle cómo surgen las dudas. A diferencia de las ideas que tenemos y sostenemos desde un momento concreto de nuestra vida, las creencias, según Ortega, nos tienen y sostienen a nosotros: de hecho, en las creencias estamos o las somos porque nos son realidad. Mientras que las ideas son contenidos particulares de nuestra vida, las creencias constituyen el continente mismo de nuestra vida<sup>10</sup>. De ahí que nuestras creencias no sean fruto del pensamiento, sino que contamos ya con ellas cuando comenzamos a pensar. Ahora bien, este “contar con” una creencia no es compatible con “pensar en” ella. Pues en opinión de Ortega, las ideas sólo existen cuando son pensadas, por lo que deben ser formuladas; en cambio, las creencias no necesitan ser formuladas para existir: y cuando nos referimos a ellas, se revelan ante nosotros como ideas, no como creencias<sup>11</sup>. Ciertamente, puede parecer extraño que no sea posible verbalizar una creencia como tal, sino como idea: ¿pues acaso no estamos formulando creencias al decir “Tengo un cuerpo” o “La Tierra gira alrededor del Sol”? Para entender el argumento de Ortega hay que tener presente que, desde

7 HG, p. 30.

8 Ver IC, p. 25.

9 IC, p. 43. En este punto cabe apreciar una contradicción que Ortega no acabó de despejar. Por un lado, señala que todas las creencias constituyen cristalizaciones de ideas (IC, pp. 45, 48) que el hombre habría desarrollado previamente al retirarse a su mundo interno; pero también afirma, como acabamos de ver, que las ideas surgen cuando tiene lugar una duda o vulneración del estrato de creencias que ya existía con anterioridad. Como bien señaló en su momento Mariano Álvarez, esta imprecisión hace que la distinción terminológica aparentemente clara que Ortega establece entre ideas y creencias no resulte del todo convincente; de hecho, Álvarez piensa que la fijación de esta diferencia terminológica “encubre una cierta perplejidad en Ortega, al no disponer de términos distintos y sin embargo afines”. Álvarez, Mariano (2003): *Unamuno y Ortega: la búsqueda azarosa de la verdad*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 179.

10 IC, pp. 24-25. Somos nuestras creencias porque estamos inseparablemente unidos a ellas, mas entre nosotros y nuestras ideas media siempre una distancia insalvable que va de lo real a lo imaginario (ver IC, pp. 31-32).

11 IC, pp. 26, 29-30.

su punto de vista, tener una idea exige una adhesión mental por nuestra parte, de modo que las ideas van ligadas a la voluntad de pensarlas. Partiendo de que Ortega asocia la vida intelectual a la voluntad, en tanto que la realidad constituye para él la “contravoluntad” –es decir, no aquello que hacemos o ponemos, sino aquello con que nos topamos–, cualquier pensamiento sobre una creencia exigirá un acto de voluntad a raíz del cual dicha creencia no aparecerá ante nosotros como realidad, sino que sólo se nos podrá aparecer como un objeto más de nuestro pensamiento<sup>12</sup>.

El hecho de que las creencias constituyan el continente de nuestra vida y que no sean fruto de nuestro pensamiento –sino una herencia de generaciones anteriores<sup>13</sup>– podría llevarnos a pensar que sólo varían cuando dejan de estar vigentes para determinada generación o colectivo. Pero también cabe la posibilidad de que un hombre en particular deje de contar con determinada creencia. En ambos casos, como vimos anteriormente, surgirá una duda: dicho de otra manera, en el ámbito de las creencias se habrá abierto un agujero de duda que deberá ser cubierto con una idea. Mientras que el sujeto de turno no halle una idea que solucione provisionalmente dicha situación, se encontrará en una duda que sólo diferirá de una creencia en su contenido: así pues, en la duda se está, se es. La verdadera duda, la que no es ni metódica ni intelectual, resulta terrible no sólo porque no puede ser eludida como si fuera una idea de la que podemos dejar de pensar a voluntad, sino también porque nos pone ante una realidad tan real –valga la redundancia– como cualquier otra creencia, si bien en este caso se tratará de una realidad inestable en la que uno se hunde como si de un mar de dudas se tratara, sin saber a qué atenerse<sup>14</sup>.

Ciertamente, la concepción orteguiana de las creencias resultaría mucho más clara si el pensador madrileño la hubiera ilustrado con múltiples y variados ejemplos. Sin embargo, los ejemplos de creencias que hallamos en la obra de Ortega son más bien escasos. Esto puede deberse a que su interés en relación con las creencias se centraba sobre todo en una: la fe en la razón, creencia que a juicio de Ortega ha llevado al hombre a contar desde finales del siglo XVI con que el mundo posee una estructura racional, o lo que es lo mismo, que la organización de la realidad coincide con la del intelecto humano –concretamente, con la razón matemática que a su vez constituye la forma más pura de nuestro intelecto–, lo cual confiere *en principio* un poder ilimitado al hombre sobre las cosas de su entorno<sup>15</sup>. En opinión de Ortega, hoy en día sigue estando muy extendida la creencia en la eficiencia del intelecto como una realidad, si bien pone un gran énfasis en la necesidad de distinguir entre la fe en la inteligencia y la creencia en las ideas producidas por la inteligencia<sup>16</sup>. Otro ejemplo de creencia es el que

12 IC, p. 31.

13 Ver IC, p. 45.

14 IC, pp. 35-36.

15 Ortega y Gasset, José (2008/1941): *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, pp. 16-17. En lo sucesivo citaré esta obra con las siglas “HS”.

16 IC, p. 32.

ofrece Ortega para ilustrar hasta qué punto las creencias influyen en nuestra conducta. En este caso, Ortega se refiere al hecho de que no pensamos si tras la puerta de nuestra casa hay calle o no sino que contamos con ello, lo cual explicaría que nos lleváramos una gran sorpresa si comprobáramos al abrir la puerta de casa que la calle había desaparecido: pues la creencia en la existencia de la calle estaba en nosotros en forma de “implicación latente” que actuaba decisivamente sobre nuestro comportamiento<sup>17</sup>. Ortega ofrece también dos ejemplos de creencias relacionadas con nuestro planeta: según sus propias palabras, creemos que la Tierra es firme<sup>18</sup> y que es un astro que se mueve alrededor del Sol<sup>19</sup>. A pesar de que estos ejemplos –y otros que ofrece Ortega– sirven para ilustrar con cierta claridad la concepción orteguiana de las creencias, considero que no bastan para comprobar si siempre creemos, aunque se trate de nuestras creencias más fundamentales, aquello que en principio cabría suponer que creemos. Para arrojar luz sobre esta cuestión, paso ya sin más dilación a comentar algunas observaciones de Machado sobre la creencia en la muerte.

### **3. Machado reflexiona sobre la creencia en la muerte**

Si nos ceñimos a los comentarios que sobre las creencias escribió Machado en *Juan de Mairena*, es evidente que los puntos de contacto con la concepción que de las creencias tenía Ortega son múltiples, si bien ambos autores difieren en un aspecto fundamental: a diferencia de Ortega, que habitualmente se refiere a creencias sólidamente asentadas, Machado suele utilizar su fina ironía para hacernos reparar en casos de creencias que se caracterizan sobre todo por su carácter paradójico. No en vano afirma Machado que su intención es combatir la creencias falsas, o lo que es lo mismo, “las incredulidades que se disfrazan de creencias”<sup>20</sup>. Este propósito pone ya en primer plano el problema de distinguir qué es realmente creído y qué parece ser creído. En palabras de Machado:

“Por debajo de lo que se piensa está lo que se cree, como si dijéramos en una capa más honda de nuestro espíritu. Hay hombres tan profundamente divididos consigo mismos, que creen lo contrario de lo que piensan. Y casi –me atreveré a decir– es ello lo más frecuente.”<sup>21</sup>

Además de afirmar rotundamente que las creencias de algunos hombres son no sólo distintas sino opuestas o contrarias a sus pensamientos, Machado

17 IC, pp. 27-28.

18 IC, p. 34. Ortega alude a esta creencia para mostrar el origen de la metáfora según la cual las creencias constituyen la tierra firme sobre la que nos afanamos.

19 IC, pp. 44-45. Al referirse a esta creencia, Ortega pretende ilustrar que nuestras creencias son heredadas de generaciones previas que debieron hacer ímprobos esfuerzos para forjar las ideas que posteriormente cristalizaron en forma de creencias, por lo que esa realidad que debemos a nuestros antepasados no es incuestionable sino problemática.

20 JM, p. 227.

21 JM, p. 209.

sospecha que cabe hallar esta discrepancia entre creencias y pensamientos en la mayoría de los hombres. Naturalmente, huelga decir que semejante discrepancia entre lo que un mismo hombre cree y piensa no torna superflua la distinción entre creencias e ideas, sino que la hace aún más necesaria si cabe. Pues como dijo Ortega, para entender a un hombre y hacer un diagnóstico de su existencia es imprescindible filiar el repertorio de sus creencias, ya que son ellas las que – aun cuando no siempre estén articuladas en un sistema coherente– nos indican en qué estado se encuentra un hombre e incluso un pueblo o una época<sup>22</sup>. Y ciertamente, puede ocurrir que tratemos de entender a un hombre a través de sus ideas cuando aquello que deberíamos conocer para hacer un diagnóstico de su existencia son sus creencias. En este punto me gustaría traer a colación un caso de aparente infidelidad a las propias creencias para que el lector se vaya familiarizando con las sorprendentes discrepancias que pueden existir entre lo que un hombre cree y piensa. Hoy en día, cualquier adulto con una cultura media *accepta* que la forma de la Tierra es esférica: la evidencia de la que disponemos actualmente al respecto es tan abrumadora que, en principio, no cabe dudar de ello. ¿Pero realmente *creemos* que la Tierra es esférica? Los maestros han reiterado hasta la saciedad que muchos niños encuentran que la idea de una Tierra esférica no sólo choca frontalmente contra su intuición, sino que además resulta temible. Efectivamente, que la Tierra sea esférica choca contra la intuición de los niños porque tienden a percibirla como una superficie plana; además, les resulta muy difícil explicar cómo es posible que las personas que se encuentran en el hemisferio sur, o más concretamente en el Polo Sur, no perciban que caminan cabeza abajo por un suelo que, por así decir, aparece encima y no debajo de ellas. ¿Y cómo no va a resultar temible la idea de una Tierra esférica en la que aparentemente correríamos un grave riesgo de precipitarnos al vacío tan pronto como comenzáramos a alejarnos del Polo Norte? Este tipo de dudas y temores, de ideas y pensamientos, pueden ser esgrimidos también por adultos que, aun *acceptando* a pies juntillas que la Tierra es esférica, realmente no acaban de *creerlo*, como tampoco son capaces de creerlo muchos niños que responden correctamente a sus maestros cuando éstos les preguntan cuál es la forma de la Tierra. Pero si bien el hombre ha oscilado e incluso aún hoy todavía puede oscilar entre la creencia de que la forma de la Tierra es esférica y la creencia de que es plana, Machado nos avisa que la creencia en la muerte constituye un caso especial:

“[L]o específicamente humano es creer en la muerte (...) [E]l hombre ama la verdad hasta tal punto que acepta, anticipadamente, la más amarga de todas.”<sup>23</sup>

La evidencia es tan abrumadora que al hombre no le queda otro remedio que aceptarla: todo ser humano fallece tarde o temprano. Pero una cosa es que el hombre *accepte* unánime y anticipadamente esta verdad y otra cosa muy distinta

22 HS, p. 14; IC, p. 23.

23 JM, p. 55.

es que la *crea*. Sin ir más lejos, Freud señaló que, por imperativos del inconsciente, “nadie cree en su propia muerte”, por lo que

“acentuamos siempre la motivación causal de la muerte, el accidente, la enfermedad, la infección, la ancianidad, y delatamos así nuestra tendencia a rebajar a la muerte de la categoría de una necesidad a la de un simple azar.”<sup>24</sup>

No cabe duda de que la existencia se puede tornar más llevadera para muchos hombres si son capaces de contemplar la muerte como algo que sólo puede ocurrir de forma accidental: para estos hombres puede ser un alivio dejar de creer en la muerte como algo que necesariamente ocurrirá tarde o temprano. Naturalmente, todos estaríamos dispuestos a afirmar que cualquier adulto de cultura media y mentalmente sano está seguro de que tarde o temprano fallecerá; de hecho, parece evidente que dicha seguridad se puede considerar como una creencia en el sentido orteguiano. Pero el propio Machado nos recuerda que la propia muerte es algo de lo que se habla muy a menudo sin creer en ella:

“Siempre que tengo noticia de la muerte de un poeta, me ocurre pensar: ¡Cuántas veces, por razón de su oficio, habrá este hombre mentado a la muerte, sin creer en ella! ¿Y qué habrá pensado ahora, al verla salir como figura final de su propia caja de sorpresas?”<sup>25</sup>

Como dije anteriormente, aceptar la muerte no es exactamente lo mismo que creer en ella. Es posible que alguien hable a menudo de la muerte, incluso de la suya propia, sin acabar de estar en la creencia de que tarde o temprano morirá. Cabe suponer que Ortega despacharía este problema apelando a su distinción entre creer con “fe viva” y con “fe muerta”. Según Ortega, se cree en algo con fe viva cuando brotan espontáneamente de dicha fe las orientaciones para vivir, por lo que eso en lo que creemos tiene una presencia permanente y sumamente activa en nosotros; en cambio, se cree en algo con fe muerta o inerte si ya no actúa eficazmente en nuestra vida: aunque todavía estemos en esa creencia, yace inactiva en nuestra alma, prueba de lo cual es que constantemente olvidamos que creemos en ella<sup>26</sup>. A tenor de lo dicho, estar en una creencia con “fe muerta” significa que alguien arrastra esa creencia consigo por convención, compromiso, etc., mas sin creer en ella. Estrictamente hablando, considero que creer algo con “fe muerta”, tal y como lo plantea Ortega, ya no es creer, sino haber dejado de creer en ello aunque no se discrepe abierta o explícitamente con los que siguen creyéndolo. ¿Pero qué es lo que creemos en relación con nuestra propia muerte? Para empezar, considero que sería un error tratar de hallar una respuesta generalizada a esta pregunta. Aunque Freud dijo que “nadie cree en su propia muerte”, parece evidente que ciertas personas pueden creer en ella cuando se encuentran en determinadas condiciones. Por ejemplo, una persona que es

24 Freud, Sigmund (1948/1915): “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”, en *Obras completas* (tomo II), Biblioteca Nueva, Madrid, p. 1110.

25 JM, p. 288.

26 HS, p. 18.

plenamente consciente de que está a punto de morir debido a una enfermedad terminal o que está firmemente decidida a quitarse la vida sí puede hallarse, en mi opinión, en la creencia de que va a morir, y además, muy pronto. Sin embargo, no es descabellado suponer que *muchas* personas creen respecto a su muerte que ésta tendrá lugar en un futuro tan lejano que el peligro de morir a corto o medio plazo parece diluirse casi totalmente: aunque acepten que podrían morir en cualquier momento, no lo creen<sup>27</sup>. Sucede muy a menudo que cuando alguien recibe un diagnóstico fatal que le anuncia una muerte inminente, se ve caer en un mar de dudas y advierte que se halla entre dos creencias: por un lado, la antigua creencia –que actuaba como implicación latente en su vida– de que moriría en un futuro sumamente nebuloso y lejano, y por otro lado, la nueva creencia de que morirá pronto. No es extraño que quien se halla en dicha situación exclame absolutamente sorprendido “¡Me voy a morir!”, como si se tratara de una posibilidad con la que de ningún modo *contaba*, como si se tratara de algo sencillamente *increíble*. En ese momento el sujeto en cuestión se halla no ante una duda que pueda eludir de un modo u otro: lejos de tal cosa, se halla ante una realidad tan real como la que se funda en cualquier creencia. A pesar de todo, esta realidad es tan temible que tendemos a huir de ella. Ante la dificultad que acarrea vivir creyendo que se puede morir en cualquier momento –e incluso de forma inminente–, Machado sugiere que hemos aprendido cómo vivir manteniendo a raya el temor a la muerte:

“¿Tan seguros estamos de la muerte, que hemos acabado por no pensar en ella? Pensamos en la muerte. La muerte es en nosotros lo pensado por excelencia y el tema más frecuente de nuestro pensar. La llevamos en el pensamiento, en esa zona inocua de nuestras almas en la cual nada se teme ni nada se espera. La verdad es que hemos logrado pensarla y hemos acabado por no creer en ella.”<sup>28</sup>

Machado da a entender que pensamos la muerte porque creer en ella sería prácticamente insoportable, mientras que concebirla en calidad de idea no resulta tan doloroso. Sin embargo, no me parece adecuado plantear esta posibilidad como un hecho generalizado sin dejar lugar apenas a otras alternativas, tal y como parece hacer Machado. Al fin y al cabo, pienso que creer en la propia muerte –si bien con ciertos matices– puede protegernos más del temor que nos provoca que si la concebimos como una idea. Pues si meramente *pensamos* que vamos a morir, si reducimos la muerte a una *idea* –y además se trata de la idea en la que más a menudo pensamos–, necesariamente tomaremos conciencia de dicha idea cada vez que pensemos en ella: y si bien Machado describe el pensamiento como una zona inocua en la que nada se teme ni se espera, lo cierto es que el individuo que se limite a pensar la muerte no podrá dejar de reconocer que puede fallecer en cualquier momento y que morirá tarde o temprano. Así pues, el pensar la muerte

27 En este sentido, Machado considera que los jóvenes ni siquiera admiten la posibilidad de fallecer a largo plazo: de ahí que se refiriera a los jóvenes “que viven hacia el mañana, imaginándose vivos indefinidamente más allá del momento en que viven” (JM, p. 108).

28 JM, p. 289.

podrá poner al sujeto en la embarazosa situación de tener que hacer frente al temor que entraña estar constantemente expuesto al riesgo de morir. Ahora bien, si alguien *cree* que va a morir en un futuro tan lejano que la posibilidad de su misma muerte parece difuminarse y desvanecerse, si está tan seguro de ello que está en dicha creencia y ésta actúa como implicación *latente* en su vida, entonces tendrá la muerte a buen recaudo. Naturalmente, huelga decir que esto no garantiza que el individuo en cuestión no pueda fallecer en cualquier momento, incluso de forma inminente; pero no necesitará luchar más para convencerse de que tiene una larga vida por delante: tan larga, que apenas se adivina un fin de la misma. Como vimos anteriormente, Machado consideraba la creencia en la muerte como “lo específicamente humano”, de modo que pensar la muerte es algo que hacemos para dejar de creer en ella. Por tanto, no debe extrañar que, si bien Machado opinaba que hemos dejado de creer en la muerte porque resulta más cómodo pensar en ella, vuelva a reconocer que la muerte es un tema más propio de las creencias que de las meras ideas:

“[L]a muerte es un tema de la mónada humana, de la autosuficiente e inalienable intimidad del hombre. Es tema que se vive más que se piensa; mejor diremos que apenas hay modo de pensarlo sin desvivirlo (...) La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida (...) Y no está mal que la imaginemos como nuestra propia *notomía* o esqueleto que llevamos dentro”<sup>29</sup>.

Mientras que Ortega mantenía que las creencias no pueden ser expresadas de modo que sigan siéndonos realidad, Machado nos dice que apenas hay forma alguna de pensar la muerte o formarnos una idea de ella sin dejar de vivirla. Efectivamente, la muerte es tan inseparable de nosotros como el esqueleto que nos constituye y da forma. El hombre es un ser mortal, un ser que muere. Y como dice Machado, “[l]a verdad es la verdad, díjala Agamenón o su porquero”<sup>30</sup>. Como podemos comprobar, Machado insiste en que la muerte es objeto de creencia:

“De la experiencia de la muerte no hay que hablar (...) Es una idea esencialmente apriorística; la encontramos en nuestro pensamiento, como la idea de Dios, sin que sepamos de dónde ni por dónde nos ha venido. Y es objeto –la tal idea digo– de creencia, no de conocimiento. Hay quien cree en la muerte, como hay quien cree en Dios. Y hasta hay quien cree alternativamente en lo uno y en lo otro”<sup>31</sup>.

Ortega decía de las creencias que son herencias recibidas sin que sepamos cómo llegaron a nuestra vida. La muerte es uno de esos objetos de creencias que Machado insiste en ubicar en el inocuo dominio de nuestro pensamiento, si bien matiza a continuación que hay personas que *creen* en la muerte. ¿Pero qué quiere decir creer alternativamente en la muerte y en Dios? Esta creencia alternativa es equiparable a la *duda* en el sentido orteguiano, al verse continuamente

29 JM, pp. 161-162.

30 JM, p. 53.

31 JM, p. 294.

zarandeado entre dos creencias sin que ninguna de ellas sirva de suelo firme en el que hacer pie de forma estable. Así ilustra Machado el penoso estado de quien duda de la existencia de Dios:

- “¿Cree V. en Dios?
- Quiero creer; no logro creer. A veces no quiero creer; a veces creo sin querer. Creo hoy; mañana dejo de creer. Dudo.
- Pero Dios existe o no existe; hay que creer en Él o negarlo; no cabe *dudarlo*.
- Eso es lo que V. cree.”<sup>32</sup>

Ante esta tesitura, podríamos estar tentados a concluir que el sujeto que padece esta crisis de fe no cree nada al respecto, ya que su duda parece consistir precisamente en la incapacidad de hallar apoyo estable en creencia alguna. Sin embargo, considero que Machado, al usar la expresión “Dudo”, ilustra con toda claridad cuál es la creencia en que se halla el sujeto interpelado en el fragmento que acabo de reproducir: su creencia es precisamente *dudar*, estar zarandeado entre creencias distintas y hallarse ante una realidad que no deja de serlo a pesar de su inestabilidad.

#### **4. A modo de conclusión**

En principio podría parecer que filiar el repertorio de creencias de un sujeto es tan sencillo como redactar una larguísima lista de obviedades que apenas nadie osaría discutir. Además, podemos estar tentados a dar por hecho que los contenidos de todas las creencias son tan simples como “Al salir por la puerta de mi casa se encuentra la calle”, “La Tierra es un astro”, etc. En cierto modo, estas creencias se asemejan a superficies con contornos claramente definidos, abarcables de un solo vistazo, totalmente planas y sin relieve alguno, como si no pudieran dejar sombra alguna ni esconder nada en absoluto. A primera vista, parece que tenemos perfectamente claro cuáles son las consecuencias derivadas de cada una de estas creencias. No obstante, hemos comprobado que basta con analizar algunos casos concretos de creencias para darnos cuenta de que a menudo estamos ligeramente equivocados respecto a lo que realmente se cree. Ante esta tesitura, resulta necesario precisar qué es lo que verdaderamente se cree y si se cree con fe viva o fe muerta: o lo que es lo mismo, hay que precisar si algo se sigue creyendo o se ha dejado de creer. En este último caso es posible que la creencia perdida haya sido sustituida ya por una idea, o incluso que la idea en cuestión haya cristalizado en una nueva creencia. Asimismo, también es posible que lo que se crea es que se duda. En uno y otro caso es necesario filiar el repertorio de creencias con el debido rigor, ya que sólo así será posible conocer el estado de un hombre. Una incorrecta filiación de las creencias de un hombre, por liviana que pueda parecer la incorrección, nos impedirá conocer cuál es en verdad la realidad que tiene ante sí. Pues nada tiene que ver la vida del hombre que

32 JM, p. 321.

apenas es capaz de concebir su propia muerte con la de aquél que está total y absolutamente convencido de hallarse ante las puertas de la muerte. Tal y como decía Ortega, la historia se convertirá en la ciencia del hombre cuando deje de limitarse a recopilar las ideas de un sujeto y, en su lugar, trate de definir con precisión sus creencias: así se construirá realmente la historia, esclareciendo la vida desde su mismo subsuelo<sup>33</sup>. En este sentido, las reflexiones de Machado sobre la muerte nos han incitado a estar ojo avizor ante las incredulidades que se disfrazan de creencias, lo cual constituye un requisito previo de obligado cumplimiento para todo aquél que se proponga esclarecer la vida de un hombre desde el subsuelo de sus creencias.

José María Ariso,  
Paseo de la Castellana, nº 163, 8ª planta, 28046, Madrid.  
josemaria.ariso@unir.net

33 IC, pp. 28, 33.